



6- PASIÓN POR LA CAZA.

Con sólo diez años, don Juan Carlos anotó en una composición suya, titulada *Mi escuela*: «Los días mejores y los más divertidos son los días en que vamos a cazar». Corría el año 1948 y don Juanito estudiaba entonces en Las Jarillas, una bonita casa de campo a diecinueve kilómetros de Madrid, enclavada en una parcela de cuarenta hectáreas de bosque y tierras de labranza, propiedad de Alfonso Urquijo. En las sierras que rodeaban Las Jarillas abundaba la caza y eso possibilitaba buenas partidas. Aquellas navidades, don Juanito pidió a los Reyes Magos que le trajeran una moderna escopeta de aire comprimido, una pistola de balines y un cuchillo de monte para limpiar las piezas cobradas. Así surgió su pasión por la caza.



7- LOS REGALOS DE FRANCO.

Franco regaló a don Juan Carlos una escribanía de plata del siglo XV por su boda, y a doña Sofía, una diadema de brillantes. Sólo esta diadema puede alcanzar hoy un precio de mercado superior a 300.000 euros, de acuerdo con la valoración efectuada en su día por encargo mío y gentileza de Mariano Blasco, director de la sala de subastas Goya. Doña Sofía agradeció entonces a Franco el obsequio con una carta en inglés, en la que, entre otras cosas, le decía: «La preciosa joya que el Generalísimo y doña Carmen me han regalado, así como la alta condecoración recibida, hacen que me sienta ya unida a mi nueva patria y ardo en deseos de conocerla y servirla. De nuevo, mil gracias, mi General, y con un afectuoso saludo para su esposa queda suya afectísima, Sofía».



8- EL MEXICANO.

En junio de 1957, mientras cursaba su preparación militar en la Academia General de Zaragoza, don Juan Carlos conoció a Antonio García Trevijano, notario entonces en Albarracín. Tanto éste, como el príncipe, solían alojarse los fines de semana en el Gran Hotel de la ciudad para relajarse tras sus ocupaciones cotidianas. Al principio, don Juan Carlos confundió a Trevijano con un ricachón mexicano por su sombrero de paja de ala ancha, su acento andaluz y su gran bigote negro como la antracita. El príncipe se le había acercado, deslumbrado por su

espectacular descapotable Pegaso, primer Premio Mundial de Elegancia en la exposición de París. «¿Eres mexicano?», preguntó para romper el hielo. El notario, que para colmo era republicano, le siguió el juego y asintió: pues claro que era mexicano, y además le perdían el guacamole y la Coronita. Y entonces don Juan Carlos le preguntó si podía darle una vuelta en su coche, disculpándose enseguida porque debía pedir permiso antes. Trevijano, aun sabiendo quién era él, aprovechó para vacilarle un poco: «¿Y cómo tienes que pedir permiso tan alto como eres?». Don Juan Carlos obtuvo la autorización de sus jefes militares y vio cumplido así su anhelo de pasearse ante sus compañeros de Academia en aquel lujoso automóvil que hasta varios meses después no supo que pertenecía a un ciudadano tan español como él.



9- LA SOMBRA DEL SECUESTRO.

Sabino Fernández Campo, ex jefe de la Casa del Rey, me corroboró en su día la versión de Carmen Iglesias, antigua preceptora del príncipe Felipe y tutora de la infanta Cristina sobre el intento de secuestro de ésta a manos de la banda te-

rrorista ETA. Su padre sufrió un verdadero calvario entonces. La «buena estrella» a la que alguna vez había aludido don Juan Carlos y la eficaz actuación de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado protegieron a la Familia Real. ETA pensó en secuestrar a la infanta Cristina en el primer trimestre del curso 1984-1985. La hija del rey cursaba entonces primero de Ciencias Políticas en la Universidad Complutense, donde se licenciaría cinco años después. Cristina se convirtió así en la segunda infanta de su dinastía, junto con Isabel, la Chata, que estuvo en el punto de mira de una banda de asesinos.



10- «CRISTALERÍAS ZARZUELA».

Don Juan Carlos ha conservado siempre su innato ademán campechano y su fino sentido del humor. Se entendía a la perfección con Paco Fernández Ochoa y a veces bromeaba con él. Como el día en que Su Majestad se estrelló contra la luna de cristal que daba acceso a la piscina de la Zarzuela. Acababa de jugar al squash y no reparó en aquel obstáculo transparente que se le cayó encima al romperlo. Unos días después del accidente, Paco le llamó por teléfono:

—Por favor, querría hablar con Su Majestad...
 —Na, na, na...
 El esquiador ya sabía que era él. Le conocía desde hacía muchos años.
 —¿Cristalería Zarzuela?
 —¡Aquí el cristalero! —contestó el rey.

HA CONSERVADO SIEMPRE
 SU INNATO ADEMÁN
 CAMPECHANO Y SU
 FINO HUMOR